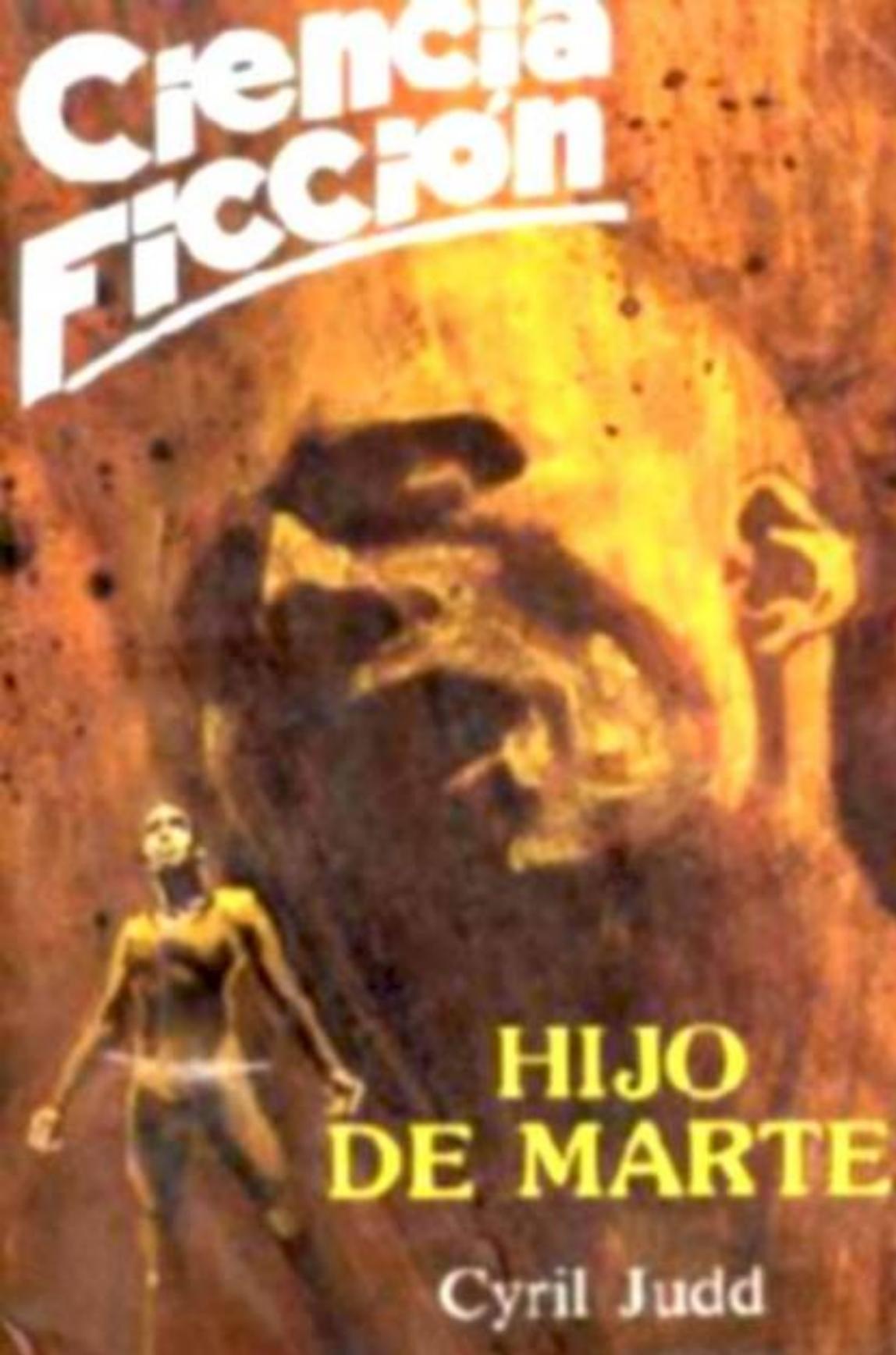


**Ciencia
Ficción**



**HIJO
DE MARTE**

Cyril Judd

Hijo de Marte es la más conocida de las obras (pocas en cantidad, pero magníficas en calidad) surgidas de la pluma de esta pareja de escritores de ciencia-ficción. El tema, en enunciado, puede parecer banal: los problemas de la colonización del planeta Marte por los terrestres. Pero este escenario da pie a un intenso relato lleno de emoción, ternura y poesía, un relato de honda raigambre humanística como han producido muy pocos en toda la historia de la ciencia-ficción mundial.

¡Ah!, y recuerde que «los fantasmas», esos impalpables y poéticos seres de Marte que constituyen uno de los ejes de la presente novela, se han convertido en un «clásico» de este género, de dimensiones semejantes a los marcianos de Bradbury en sus inolvidables «*Crónicas marcianas*».

Capítulo I

Jim Kandro no podía pasearse por pasillos inexistentes: el hospital de la colonia Lago del Sol era un simple cuarto anexo a la casa del médico, construida con paneles de tierra prensada. Seguían llamándole «tierra» al herrumbroso suelo de Marte. Con las piernas apretujadas entre la cama y la pared, cansado del monótono movimiento de sus brazos pero decidido a presenciar el final, Jim persistía en frotarle la espalda a Polly, su mujer, mientras susurraba palabras animosas para ella y para sí mismo.

—¿Por qué no me deja que la atienda yo solo un rato? —sugirió el doctor Tony Hellman al ver que el agotamiento de Jim sólo servía para comunicarle su propio pánico a la mujer—. Vaya a descansar a la otra habitación, o salga a dar un paseo. Todavía falta tiempo para que ocurra nada.

—Por favor, Tony —repuso Jim, con voz enronquecida por la ansiedad—; prefiero estar cerca —y volvió a inclinarse sonriente sobre Polly.

Ana entró antes de que Tony la llamara. Precisamente por ese don que parecía tener la había elegido Tony de ayudante.

—Creo que Jim necesita una taza de café —dijo secamente el médico. Kandro se levantó azorado.

—Bien, doctor —dijo; y, en su deseo de ser útil agregó—: ¿Me llamará si necesita... si hay novedad?

—Claro que lo hará.

Esta rápida intervención de Ana evitó la agria respuesta de Tony. Ella apoyó su mano en el brazo de Kandro, sonrió a la mujer que yacía en la cama y dijo:

—No falta mucho, Polly. Vamos Jim.

Al cerrarse a la puerta tras ellos, Polly dijo con la sonrisa en los labios:

—Discúlpelo, doctor. Está tan preocupado...

No tuvo aliento para más. Se retorció en su cama, con las manos crispadas. Toda otra labor física, reflexionó Tony, era más fácil bajo la escasa fuerza de gravedad de Marte, pero la labor del parto era eternamente la misma. Alargó su mano para que Polly le apretara, y esperó mientras a ella le rechinaban los dientes de dolor y a él le corría un escalofrío.

Pasó el dolor. Ella le soltó la mano. Él fue al autoclave a por un nuevo par de guantes para hacer otro reconocimiento, y la oyó suspirar:

—¡Qué buena es Ana!

Antes de volver a mirarla, la oyó relajarse en la cama para reposar lo más posible mientras no se repitiera el dolor.

—Sí, lo es —contestó.

Dejó los guantes sobre la mesa: era inútil otro reconocimiento. Siéntate y espera, pensó. No te dejes aturdir por esa criatura. Si la madre puede esperar, tú también puedes. Pórtate como te portarías en la Tierra. Ahora estás en Marte. ¿Y qué?

Acercó una silla a la cama; apoyó una mano en la sábana, donde ella pudiera apretarla cuando quisiera; se arrellanó, y dejó reposar todos los músculos.

Al otro lado de la puerta, Jim Kandro se acercaba por cuarta vez la taza de café a los labios y la bajaba de nuevo sin probarlo.

—¿Qué opina usted, Ana? Usted lo sabría si ocurriera algo... malo.

—A mí me parece un parto normal —dijo ella amablemente.

—Pero ya lleva así desde las seis de la mañana. ¿Por qué tantas horas?

—Eso no significa sino que es laborioso y requiere tiempo —replicó ella, acercándose a su mesa de trabajo y sacando sus utensilios—. No creo que falte mucho, Jim. ¿Quiere dormir un poco mientras espera, o prefiere ayudarme en mi trabajo?

—La ayudaré con mucho gusto.

Se levantó, llevando maquinalmente su taza en la mano; dejó que Ana se la quitara, y tomó el mechero de alcohol que ella le ofreció sin siquiera admirarse de que empezara a trabajar después de medianoche. Durante un minuto, Jim prestó atención al trabajo.

—Pero ¿por qué él no me habrá dicho nada?

—Porque no había nada que decir, creo yo.

Hasta Ana perdía la paciencia con Jim. Para que no se quemara con la llama del mechero, que tenía boca abajo, se lo quitó de las manos. Kandro deseaba gritar: Ustedes ignoran que llevamos doce años casados, deseando hijos, y que todo lo que ella consigue es ponerse gravísima. Y nunca avanzó tanto. Y ustedes no saben...

En los comprensivos ojos de Ana vio que era innecesario hablar. Ella abrió un poco los brazos, y aquel hombretón cayó ante ella de rodillas, llorando, con su cabeza toscamente apoyada en la delicada mujercita.

A las 3,37 horas a.m., el doctor Tony Hellman ajustaba una mascarilla de oxígeno a la roja nariz de garbanzo de un recién nacido. Lo lavó, lo secó, lo cubrió y volvió a atender a la madre. Iba a tocar el timbre para llamar a Ana, pero no lo hizo: Kandro entraría también, escandalizando, y Polly estaba demasiado débil y excitada por todo. Además sentía una cierta perversa satisfacción en hacerlo todo solo, inclusive la enojosa tarea de limpieza, que en la Tierra se le encargaría a una estudiante de enfermera.

Cuando terminó, le dio un fuerte sedante a Polly, aún contra su voluntad de estar despierta para cuidar al niño.

También le dio la píldora de oxen del día siguiente, confiando en que dormiría hasta media mañana.

Únicamente desde el descubrimiento de aquellos mágicos gránulos rosados, que contenían la denominada «enzima o fermento de oxígeno», podían la mayoría de los seres humanos respirar normal en Marte. Antes del oxen, todo el que no tenía pulmones fisiológicamente marcianos, vivía bajo permanente máscara de oxígeno. Ahora sólo la necesitaban los niños demasiado pequeños para tolerar la píldora.

Con la enzima milagrosa, el aire marciano era tan respirable como el de la Tierra, con tal de que el ser humano la tomara religiosamente todos los días: treinta horas sin tomarla, y en pocos minutos el individuo moría de anoxemia.

Tony se aseguró de que la mascarilla del niño estaba bien ajustada y de que el oxígeno fluía adecuadamente. Pasó junto a Polly, ya medio dormida, y abrió la puerta del living. Jim, enteramente vestido y con sus botas de arena, dormía profundamente. Ana, desde su banco de trabajo, miró a Tony con expresión jovial y afectuosa.

—¿Todo bien?

—Mucho mejor de lo que esperaba. Varón..., 2 kilos 400 gramos: peso terrestre... Buen color... Fuerte.

—Bravo —dijo Ana, volviendo a su trabajo—. Voy contra un hierro, otro soplo, todo como al descuido, y puede esperar unas horas para ver a su hijo.

El médico permaneció un rato, observando a Ana, fascinado como siempre ante su eficiencia. Un soplo en el tubo, un dobléz al enrojarse en la llama, un giro contra un hierro, otro soplo, todo como al descuido, y una obra acabada. Intrincados tubos de laboratorio, frágiles copas para algún nuevo hogar de la colonia o jeringas hipodérmicas.

Miró hasta que sus cansados ojos huyeron del punto reluciente donde la llama golpeaba sobre el cristal. Se dirigió entonces a la habitación inmediata, se echó sobre la cama y se durmió.

Capítulo II

El laboratorio era la fuente de ingresos de la ciudad Lago del Sol. Marte tenía una capa de ligera radiactividad, que no afectaba a la vida, pero que permitía a la colonia de Lago del Sol aislar y concentrar radioisótopos y cuerpos orgánicos radiactivos, para venderlos en la Tierra a precios sin competencia, pese a las altas tarifas de transporte.

La manipulación de estos materiales ofrecía escasos peligros; pero la misión del médico era suprimirlos totalmente. Dos veces al día, antes de iniciar y de abandonar el trabajo, Tony revisaba todo el local. De esta precaución dependían los únicos ingresos y hasta las vidas de la comunidad. Todos los miembros adultos dedicaban algún tiempo directa o indirectamente, al laboratorio. Era el único edificio capaz para reuniones, y el único distinto de las uniformes viviendas todas ellas de 3 x 3 metros, con sus paredes de barro y sus techos y suelos de cemento. El laboratorio tenían armazón de acero, revestimiento de duraluminio, cañerías de cobre con agua caliente, fuerza motriz propia, muebles fabricados en la Tierra y hasta un sistema de aire filtrado.

El paseo matinal de un kilómetro que diariamente daba el médico para ir de su casa al laboratorio, le infundía siempre confianza y sensación de bienestar. En un año que llevaba en Marte, apenas había perdido el placer de la ingravidez y la ligereza con que se caminaba gracias a la escasa gravedad del planeta. Con su aire enrarecido, una hora de sol bastaba para disipar el frío de la mañana. A mediodía, el sol brillaría demasiado; a la noche, volvería el frío; pero

aquella hora matutina era como un día otoñal en la Tierra. A su espalda, en las casas alineadas en la única y curva calle de la colonia, la gente se levantaba y se preparaba para el trabajo del día. Frente a él, las brillantes paredes azules del laboratorio destacaban sobre el magnífico fondo del Lacus Solis. El antiguo lecho del mar revivía coloreado por los rayos tempranos del sol, que hacían relumbrar millones de diminutas partículas: sales y minerales depositados por las aguas que se evaporaron milenios atrás. Las claras líneas del edificio, destacándose contra la atmósfera rutilante, constituían un reto y una afirmación: esto era lo que el hombre podía hacer; aquí había todo lo preciso para hacerlo.

Si pudiéramos... Una segunda oportunidad para el hombre, si supiéramos cómo emplearla.

Tony abrió la maciza puerta forrada de plomo del almacén del laboratorio y sacó su armadura protectora, único traje importado de la Tierra a la colonia; pero antes de ponerse volvió a mirar al caserío, donde hacía unas horas que Polly Kandro había afirmado en forma personal y rotunda su fe en el futuro de Lago del Sol.

Desde la sólida estructura del laboratorio se veía la colonia en medio del imperceptible declive entre el fondo del «canal», a la izquierda, y el nivel del «mar», a la derecha. Todos los edificios de la arqueada calle eran como la vivienda hospital de Tony, barracas idénticas de tierra ferruginosa apisonada, adheridas al terreno como una monótona hilera de tapias con ventanas.

Más allá, los campos A, B, C y D mostraban el trabajo de los labradores de Lago del Sol: los agrónomos que, con elementos tan antiguos como el rastrillo y tan modernos como las pulvésculas mutativas que emanan del ciclotrón, iban transformando las plantas marcianas en sustancias nutritivas para los animales terrestres y convirtiendo las plantas terrestres en materias que produjeran alimentos en el adverso suelo de Marte.

Arvejas obtenidas de antiguos cactus grillados apuntaban en el campo A. Oscuras coliflores transformadas, del tamaño de manzanas y que contenían demasiado cianuro potásico para ser comestibles, sombreaban el campo B; en unas cuantas generaciones más, podrían comerse, aunque con cierto sabor a cianuro, como de almendras amargas.

A diez kilómetros de estos campos de vegetación bastarda marcianoterrestre, se extendían las antaño hermosas colinas de Peñacantil. Pero, cinco meses atrás, se elevaron las primeras barracas prefabricadas al otro lado de las colinas, y desde hacía tres meses ardía el primer alto horno en Pittco Tres: la Planta Número Tres de Refino de Metales Marcianos de la Compañía de Hulla, Coke y Hierro de Pittsburg. Y un manto de humo negruzco y amarillento cubría ahora los picos, desde la mañana hasta la noche. Con profundo desagrado, Tony empezó a ponerse su traje blindado.

Una segunda oportunidad para el hombre...

Otra oportunidad para hacer exactamente lo mismo que hacían en la Tierra. El claro cielo de Marte se oscurecía ya con las expansiones del comercio terrestre. Y la propia Lago del Sol tenía que mantener con su laboratorio una firme economía de ingresos.

Tony ajustó bien su traje y su casco; tomó en la mano el aparato detector; giró el botón para eliminar los profundos «ruidos» naturales de Marte; puso la aguja en el cero del dial, y sólo entonces abrió la pesada puerta del laboratorio mismo e inició su paseo de inspección por el edificio.

Como de costumbre, en ningún lugar encontró radiaciones peligrosas, excepto una mancha térmica en el suelo de la sala de isótopos. Tony delineó con tiza amarilla el área y trazó en la puerta una cruz visible.

Terminada la inspección, fue directamente a la sala de depuración y examinó el exterior de su traje en el gran ra-

diodetector allí instalado. Cuando se aseguró de que no había arrastrado nada ni en guantes ni en botas, se quitó el traje y lo echó en la cinta de desradiación.

Aquel día, Tony deseaba terminar pronto la inspección: tenía que examinar a los hombres que trabajaban junto a la mancha térmica, volver al hospital a ver a Polly, y visitar a una enferma, Joanna Radcliff, que lo traía preocupado. Además había dormido hasta tarde, y no tuvo tiempo de desayunar en la mesa redonda donde se reunían la mayoría de los solteros; ni siquiera había tomado «café»... y lo necesitaba. Pero, después de tantas veces como había amonestado a otros por negligencia en las precauciones de seguridad, él no podía ahora descuidar ninguna.

Se desnudó y echó su ropa en otro lavadero; se frotó el cuerpo con arena y, conteniendo la respiración, se puso bajo la ducha de alcohol metílico, cuya obtención era allí más fácil y barata que el agua.

Cuando salió al vestíbulo central del laboratorio ya estaba lleno de gente, organizándose para el trabajo del día. Bordeó un grupo de conversadores.

—¡Doctor!

Se detuvo, y fue su perdición. ¿Cómo está Polly? Tony: espere... ¿Cómo está el nene? ¿Marchó todo bien? ¿Dónde están? ¿Niño o niña?

Después de contestar una docena de veces, y viendo allí media población ansiosa de noticias, se subió por fin a una silla y se dirigió a todos.

—Dos kilos cuatrocientos gramos: peso terrestre. Niño. Lo más vivaracho que he visto. Lleno de vida. Se parece al padre. ¿Qué más desean saber?

—¿Cómo está Polly?

—Bien. Y Jim también.

Aquella simple broma provocó la inevitable risa. Uno de los químicos dijo:

—Propongo un regalo de bautizo. Hagamos enseguida otra habitación junto a la casa de Kandro.

Esta oferta fue ya hecha unos meses antes y rechazada por Polly. Tony sabía el motivo, y era que, hacía once años, ella esperó su primer hijo durante siete meses; luego, tuvo que empacar todo el ajuar preparado con tanto amor, guardado durante cuatro años en que tuvo otros dos fracasos, y dárselo por fin a otra mujer más afortunada.

—¿Cuándo la envía usted a su casa, doctor? —preguntó uno de los operarios electrónicos—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—No sé. Quizá mañana a primera hora. Ella se encuentra bien: dependerá de donde esté más cómoda. Creo que no después de pasado mañana.

—Entonces conviene empezar ya —intervino Mimí Jonathan, la morenita y decidida administradora del laboratorio—. Si les parece, yo organizo los equipos de obreros, y ahora mismo empezamos.

Sacó lápiz y papel y se puso a anotar nombres y habilidades de aquellos cuyo trabajo en el laboratorio no era urgente. Pronto salieron dos grupos de voluntarios a sacar tierra del antiguo cauce del «canal» y a armar los paneles para rellenarlos. Otros fabricarían en el laboratorio los materiales sintéticos para pintar la nueva habitación y hacer los muebles y los vestidos del niño. El médico aprovechó aquel entusiasmo de la gente, y se alejó.

Entró en la sala de isótopos y halló a Sam Flexner, el químico titular, esperándolo. Tony abrió la puerta y, señalando al círculo marcado con tiza en el suelo, preguntó:

—¿Tiene idea de lo que pueda ser?

—Estuvimos transportando, radiofósforo, pero sin ningún problema —contestó Sam, pensativo—. Quizá un derrame.

El químico era un joven de expresión franca, agradable a Tony. Este empezó a redactar el correspondiente informe. Un derrame era algo que no solía ocurrir, y volvió a preguntar:

—¿Por qué motivo?

—Tuvimos un pedido mayor que de ordinario, unos cien kilos —Sam miró de frente a Tony—. Ayer, en la inspección de la tarde, no estaba, ¿verdad? —Tony asintió—. Entonces, habrá sido al cerrar. Yo, ayer..., sí, salí unos minutos antes. Pensé que los muchachos cerrarían sin novedad. Pero imagino que alguno cargó demasiado su caja para ahorrarse un viaje. Lo averiguaré y les hablaré amablemente, ¿no le parece?

—Será conveniente. Pero voy a mirar los tubos electrónicos de control.

Sam trajo un soporte con una serie de tubos numerados. Él llevaba otro igual prendido en su traje. El contenido de los tubos tenía su color blancuzco normal.

—Está bien —dijo Tony, llenando su informe—. Creo que debe usted raspar esa mancha y que uno de los suplentes lleve el polvo a tirarlo lejos.

—Learoyd, que vino con una carga de vanadio, lo llevará cuando salga hacia Pittco.

—Perfectamente —Tony anotó fecha y hora en el informe—. Listo. Después de esto, convendrá que se quede usted hasta la hora de cerrar —y sonrió antes de que el joven químico pidiera explicaciones—. ¿Cómo está Verna? Más vale que ocurra algo pronto, si ha de ocasionar tanta molestia.

—Pronto tendrá usted noticias —dijo Sam, sonriendo—. Pero, por favor, no lo diga...

—Los médicos no comentan —afirmó el doctor—. Y a propósito: no podemos escribir una historia a cada paso. Nace una criatura, y es el primer niño; nace otra criatura, y es la primera niña; se extirpa un apéndice, y es la primera operación abdominal. Y ahora, usted y Verna serán el primer matrimonio entre un ingeniero químico y una agrónoma... Bueno; hasta la tarde.

Capítulo III

Tony salió con alas en los pies. Sintió el calor ascendente de la mañana y se descubrió la cabeza poniéndose a la espalda la capucha. El sedimento mineral que cubría la superficie de Marte empezaba a calentarse y a enturbiar la límpida atmósfera. Miró hacia los cerros de Peñacantil, lamentando su pérdida belleza, y se sorprendió al ver unas enigmáticas figuras negras que serpenteaban por entre las sombras de las colmas. Siguió observando hasta que aquella marcha de dirección incierta se enderezó gradualmente hacia la colonia. ¿Quién andaría a pie por el desierto? Se detuvo y escudriñó, con el borde de la mano sobre la frente. Eran como veinte hombres, armados de carabinas y máscaras de oxígeno. ¡Los militares!

Pero ¿por qué? La pequeña policía intercolonial del comisario Bell nunca los había visitado, ni hubo ocasión para ello, pues cada colonia mantenía su policía interna. Hacía un año que los muchachos de Bell no salían sino para funciones rutinarias, como la de montar guardia en el cohete. La última vez fue cuando se sospechó que un fundidor de maquinaria de Marte había mutilado a un tendero de Puerto Marte. Los jefes de la fundición, no convencidos por las pruebas, se negaron a entregarlo, y los subordinados de Bell fueron sin más y se lo llevaron para su juicio y sentencia.

Pero en Lago del Sol no había mutiladores.

Tony volvió al laboratorio, hacia donde se dirigía la fila de soldados. Él tenía sus enfermos; pero también era

miembro del Consejo Colonial, y el asunto parecía de orden municipal.

En la oficina del laboratorio, preguntó a Mimí:

—¿Arregló Harve el magnetófono?

—La semana pasada. ¿Por qué?

—Bell viene con su gente a visitarnos. Convendría registrar la entrevista. Mimí levantó una palanquita en el costado del escritorio.

—Esto lo grabará todo desde cualquier lugar de la oficina. Cuando Harve lo instaló hice la prueba, paseando y hablando por todos los rincones.

Sam Flexner, que había entrado a depositar un informe completo sobre la mancha técnica, preguntó:

—¿A qué vendrán?

—No lo sé —dijo Tony—; pero creo que conviene llamar por intercomunicación a Joe Gracey y decirle que venga. Debe de estar sembrando en la zona C. Telefonee a Punta del Sur para que envíen un mensajero y lo traiga a la carrera.

Gracey era el Director Agrónomo y, como Mimí y Tony, miembro del Consejo Colonial. El cuarto consejero y más reciente era Nick Cantrella, que en seis meses, desde su llegada a Lago del Sol, había ascendido de obrero a director de mantenimiento y reparación del laboratorio. Actualmente estaba en su casa, con una gran quemadura química en el brazo. Era de temperamento fogoso y sin freno. Tony dudó en llamarlo, Mimí no lo propuso y, como no era indispensable, lo dejaron.

—No —dijo el médico a los que le presionaban con preguntas—; no hay por qué salir a recibirlos. Sigam construyendo la nueva habitación de Kandro. Flexner, usted qué-dese aquí. Será algo sobre los trabajos atómicos: alguna precaución que hemos descuidado.

—No, señor —afirmó rotundamente otro de los presentes.

Era O'Donnell, que había interrumpido su carrera de abogado para, empezando de limpiador, llegar hasta físico adjunto. Su misión consistía en vigilar que las actividades atómicas de la colonia no se apartaran de la ley.

—¡Hum! —exclamó Tony—. Usted, quédese también por aquí.

Sonó un golpe en la puerta, y una voz firme pronunció la vieja frase:

—¡Abran en nombre de la ley!

La delegación constaba de media compañía de soldados, con sus carabinas y las engorrosas máscaras y tanques de oxígeno: muestra exquisita del conservadurismo militar, puesto que un puñado de píldoras de oxen pesarían cien veces menos y alargarían la vida cien veces más. Venían además dos paisanos y un oficial: el teniente Ed Nearley.

Tony se tranquilizó al verlo; eran compañeros de un club para compartir el alto precio del franqueo de las revistas científicas de la Tierra. Y Tony sabía que Nearley era un joven oficial de carrera, consciente y ecuánime.

No conocía a uno de los paisanos; el otro era Hamilton Bell, Comisario de Asuntos Planetarios.

—Soy Tony Hellman —dijo el doctor, presentándose—. No sé si me recuerda. Soy médico y consejero de esta colonia.

El comisario, bajo y rechoncho, tenía el aspecto de lo que él se decía: un funcionario sin importancia, que consiguió su fastidioso puesto en Marte al descubrirse una banda de vulgares especuladores, de la que él era miembro prominente. El descubrimiento siguió de cerca a su deserción de la minoría senatorial «asegurantista» de la Federación Panamericana: minoría que, al descubrirse la malversación, ya era mayoría...

Sin chocar la mano a Tony, preguntó:

—¿Puede usted hablar en nombre de la colonia?

El doctor miró perplejo al teniente Nealey, que permanecía impasible. Observó que éste traía en una funda de lo-